

# Dos lecturas



**N**o hay duda que la política en 1999 ha cambiado y está cambiando. Las diferencias surgen al preguntarnos a dónde conducen los cambios. En una mirada de conjunto al año político de Venezuela que acaba de concluir, algunas tendencias aparecen bastante claras, surgen muchas incógnitas que llaman a la reflexión y se polarizan las lecturas distintas de los mismos hechos.

En nuestra opinión, este artículo no tiene otra utilidad ni valor que el de servir de apoyo a una reflexión, dentro de un proceso que todavía está en la posibilidad de construir un futuro, o terminar en una copia infeliz de tanta triste

política que hemos conocido en casi dos siglos de historia republicana. Por eso, en primer lugar, vamos a hacer un esfuerzo para presentar dos lecturas contrapuestas, cada una con su propia lógica y razón, pero cuya verdad no puede ser sino parcial.

## **Primera lectura**

Es evidente que la mayoría del país quería (y quiere) un cambio, no sólo de éste o de aquel partido, sino de la manera de hacer política y de manejar el Estado en la deteriorada democracia venezolana. Ese deseo general es particular-

# y una reflexión

mente fuerte en los sectores de menores recursos, pues se sienten burlados por el populismo y las promesas que en las últimas décadas engordaron a miembros de los partidos dominantes y a no pocos de sus clientes (empresarios, profesionales y empleados) en el disfrute de la apropiación partidista del Estado. Este cambio deseado tiene un precio y muchos están dispuestos a pagarlo, aunque no sepan exactamente cuál va a ser.

El creciente descontento venezolano envió sus señales fuertes de protesta al menos desde hace 15 años: alta y creciente abstención electoral, estallido social de Caracas, simpatías por los intentos de golpe, elección de Caldera, presentado como antipartidista. Todo fue inútil, pues nada cambió. Esa rabia y frustración dio el triunfo a Chávez; ese sí "es como tú", encarna tu resentimiento y está decidido a barrer y vengar tanta frustración y sacar a sus causantes. El actual Presidente captó este sentimiento y lo encarnó antes y después de asumir la Presidencia hace un año.

## Ilusión y realidad constituyente

Ha habido, en la Venezuela reciente, dos lecturas idealistas y bastante ilusas del proceso constituyente: el idealismo jurídico y el idealismo de la democracia popular pura y directa. Ambos tomaron en serio o creyeron en su propio modelo irreal. Los unos creían que la nueva Constitución sería un parto jurídico impoluto de las ideas constitucionalistas más avanzadas del mundo, libre del juego de intereses y de la implacable lógica del poder. Los otros se creyeron eso de que la Constitución iba a ser el producto de una inmensa red de transmisión de la base hacia arriba, que empieza en la pura y más simple asamblea de un pueblo inteligente, organizado y libre de toda pasión que no fuera la de construir la democracia popular, del pueblo con el pueblo y para el pueblo.

Por desgracia la política no funciona así y el Presidente y su círculo militar y político entendieron que la Constitución era un instrumento para implantar y legitimar, su poder, único intérprete autorizado del pueblo. La Constituyente tenía dos objetivos principales (aunque no proclamados): erradicar, lo más a fondo posible, a los partidos hegemónicos, AD y COPEI, de todas las instituciones y facilitar al Poder Ejecutivo y a su partido (cívico y militar en amalgama mal lograda) un instrumento jurídico que le diera una envoltura de legalidad al establecimiento de la nueva hegemonía y sus políticas. Lo principal sería el poder fáctico y lo accesorio, aunque conveniente, el rostro jurídico subordinado.

En esta coyuntura (¿y quién sabe si no es así en la mayoría de las realidades políticas de la historia de cualquier país?) lo legal ayuda pero no manda, el poder fáctico es lo decisivo. Lo importante, lo único importante, en la más pura intención chavista, es lograr el cambio y poner los intereses del pueblo en el horizonte de su política. Es accidental -ante ese valor absoluto- si ello se consigue a través de un golpe o de unas elecciones; con separaciones de poderes o con subordinación; con militares o civiles. Si no se entiende esta posición básica del chavismo, no se entenderá lo que está pasando.

En igualdad de condiciones la legalidad es deseable, da cierto reconocimiento y categoría "civilizada", pero no se cree en ella como marco obligante. Frente a esto la legalidad reinante estaba tan desprestigiada y era tan cínicamente utilizada, que no tiene ni fuerza para resistir, ni defensores, ni dolientes que lloren su muerte. Creemos que la mayoría es pragmática y si se logra el gran objetivo, no le preocupa mucho un par de atropellos jurídicos en el camino, más si se hacen con la propaganda de que sus víctimas son los corruptos.

Antes se decía en la familia marxista que la legalidad "burguesa" no tenía ninguna legitimidad, pues era una pura ideología que pretendía ocultar su carácter de instrumento de dominación, nutrido por el estado burgués, que no es sino una dictadura de clase impuesta a los trabajadores. Ahora nos dicen desde el poder que toda legalidad que se oponga u objete algo que Chávez interprete como deseo e interés puro del pueblo, pertenece a la vieja legalidad "corrupta". Lo mismo pasa con la religión, los medios de comunicación, los derechos humanos, etc.: si apoyan, son auténtica religión de Jesús, veraz información y opinión, legítimos derechos humanos. Si son críticos, es porque pertenecen al viejo orden corrupto y todavía tienen al demonio en su cuerpo. Es una manera de deslegitimar la autonomía e independencia de criterios y de acción de toda otra fuente de inspiración de la conducta humana individual y colectiva, que no sea la que está en el poder. Por lo demás esto ha ocurrido en todo cambio político (en Venezuela y en el mundo) que pretenda romper con el pasado radicalmente.

## Más de facto que de iure

Sin duda para el grupo en el poder hoy en esa vieja distinción *de iure* y *de facto*, lo importante es el *de facto*. Tenemos un gobierno *de facto* (aunque legalmente elegido con una legalidad "corrupta" de la moribunda) y será *de iure* con la nueva Constitución, el nuevo Tribunal Supremo, la nueva Asamblea, el nuevo sindicalismo, el nuevo poder electoral... Es verdad que en esta transición de la legalidad corrupta a la legalidad auténtica hay cosas que salen mal, hay remiendos feos y pequeñas y grandes trampas, que están demasiado a la vista y hay que arreglarlas, pero para eso tenemos juristas con argumentos sutiles que tras grandes rodeos terminarán justificando lo que sea necesario. Esa fue la manera de montar la Asamblea Constituyente, de aprobar los artículos

que quería el Poder Ejecutivo, de aprobar la nueva Constitución y todos los otros nombramientos a dedo en el pasillo oscuro entre las dos constituciones, que hemos visto el último mes. Pero su justificación moral a los ojos de los apoyadores del proceso, no viene de la pureza jurídica en sí, sino de su capacidad para servir a la "revolución"; y ésta se justifica por la esperanza y promesa de felicidad que por ahora tiene para muchos... Por lo demás, siempre se han justificado así todas las autocracias y también las dictaduras: como males menores en el peor de los casos. La valía de muchas personas designadas a dedo, también contribuye a dar legitimidad a actos de dudosa legalidad.

#### **Por ejemplo, el Poder Judicial**

Si alguien critica esta manera de legitimación, los gobiernistas responden que esto siempre ha sido así; sólo que ayer AD y COPEI lo hacían a favor de los privilegiados y hoy se hace a favor del pueblo: por eso aquel uso de la "legalidad" era servidor de la injusticia y este lo será de la justicia. A la mayoría venezolana con rabia y deseosa de que se castigue el pasado, esto le parece bien. Los males de lo anterior los tiene presentes y de lo actual todavía se agarra a las promesas y a la necesidad de creer. Esta manera de ver y de sentir frente a lo que está pasando es más clara en cosas como la transformación del Poder Judicial. Nadie en Venezuela creía que era posible lograrlo. Ahora vivimos una gran sacudida y algunos ya tienen esperanzas y les parece bien que se proceda saltándose poco o mucho la "legalidad", dentro de la cual no era posible salir de la corrupción. Naturalmente, son muchos los que creen que el proceso actual está sustituyendo unas tribus por otras, pero eso dolerá después, no ahora.

Por ello y por la habilidad de Chávez, se están produciendo estos cambios políticos (que en sí solos son de corto aliento e incapaces de producir un nuevo país) sin que se pueda hablar de represión, tortura, exilio, violencia, propios de una dictadura típica. Hoy los chavistas pueden decir con verdad que por ellos no ha habido un sólo muerto en violencia política. Con razón los gobiernistas podrán argumentar que los actos de "persuasión" a los dueños de los medios no son mayores que en el pasado y que las órdenes del Ejecutivo sobre qué aprobar y cómo levantar la

mano, que recibieron los miembros de la ANC, no fueron mayores que los que recibían AD y COPEI de sus cúpulas de dirección. Claro que con esta argumentación no vamos hacia nada nuevo, pero...

En resumen, según esta lectura de la política del año 1999 los cambios están marchando, se está enterrando lo viejo y nace lo nuevo. Es verdad que para avanzar hay que dar unos empujones, aguzar la astucia, hacer demagogia y elaborar una Constitución de casi 400 artículos de los que sólo el 30% le interesa al poder (lo demás es ropaje retórico), pero todo ello son medios instrumentales para el supremo fin de afianzar lo que llaman la "revolución pacífica".

#### **Segunda lectura**

Sobre los mismos hechos anteriores hay otra lectura crítica que toma fuerza y argumento dentro y fuera del país. Podríamos considerar que hay dos corrientes distintas. Unos critican al Gobierno porque consideran que hoy no hay ningún cambio serio; que la vieja corrupción es copiada por la nueva; el clientelismo adeco por el chavista; la ineficiencia estatal se acentúa e incluso muchos actores y la mayoría de los seguidores son los mismos de ayer; ahora acogidos a la sombra prometedora del árbol chavista, unos sinceramente y otros con cínico oportunismo.

Hay una segunda corriente que lee los hechos a partir del final de esta película, que no sería otra cosa que la implantación de un régimen totalitario de ilusión marxista. Fidel, dicen, entró en la Habana en enero de 1959, pero no se definió como marxista-leninista, alineado con el bloque soviético sino a mediados de 1961; dos años después. Estos críticos leen cada paso, cada imposición de facto, cada discurso de Chávez, cada carantoña a Cuba o desplante a USA, como una demostración de que en definitiva, se nos quiere llevar allí. Estaríamos guiados por la vieja política del estalinismo insepulto (a pesar de que el bloque soviético se hundió por sí mismo hace más de una década) en manos del partido militar que le da su propio matiz y emparentado con arraigadas formas de autocracia venezolana.

Quienes miran los hechos desde ese enfoque, encuentran muchas cosas que

cuadran: el deseo de traer ferrocarriles y casas chinas, las simpatías y búsqueda de alianzas con estados fundamentalistas musulmanes, el compadreo con Fidel, las señales enviadas a la guerrilla colombiana o al Partido de los Trabajadores en Brasil, para crear juntos un nuevo socialismo-bolivarianismo en toda América como luz del Tercer Mundo...

Al igual que a los gobiernistas, a estos opositores tampoco les faltan datos y razones para decir que cada día que pasa en Venezuela se va poniendo en escena este libreto que, matiz más o menos, guió los partos de las repúblicas socialistas del Este europeo a partir de la segunda guerra mundial; así como en algunos países árabes, en repúblicas populares asiáticas o africanas y en América Latina con las hoy estancadas transformaciones de Cuba y los diversos intentos fracasados en Chile o en Nicaragua.

También así se caminó hacia el fascismo, desde los fracasos de los partidos burgueses, las derrotas y frustraciones nacionales y promesas nacional-socialistas. El tejido emotivo político actual es nacionalista y socialista, se dice, no sin razón.

#### **Una reflexión**

No sólo estamos convencidos personalmente de que debemos cambiar, sino que al menos desde 1970 la revista SIC y quienes trabajamos en ella buscamos un cambio democrático que ofrezca verdaderas oportunidades de vida a las mayorías venezolanas. Aunque no esté bien decirlo, por "comunistas" nos negaron la nacionalización en 1973, nos excluyeron de la Universidad en 1972, pidieron nuestra expulsión del país, nos metieron presos en el estallido social de Caracas en 1989 y todos esos años estuvimos sometidos a la calumnia y a las presiones civiles y eclesiásticas.

#### **Necesidad de cambio**

El cambio hacia una sociedad radicalmente más justa, con oportunidades de vida digna para todos, con una democracia que sea vida para las mayorías pobres, con una honestidad y productividad radicalmente nuevas en el manejo y funcionamiento del Estado y una dinámica empresarial de la cual nuestro país no tenga que avergonzarse, han animado nuestros trabajos y seguirán en nosotros, gracias a Dios. Para noso-

tros esta búsqueda activa es inseparable de la fe cristiana y del servicio como sacerdote y como universitario al país.

### ***Indefinidos, el resultado y el camino***

Creemos que no está decidido si este gobierno va a fracasar o va a tener éxito, si dentro de tres años las mayorías venezolanas van a estar mejor o peor. Creemos que las buenas intenciones no garantizan nada y ciertas realidades, luego de un año, no dan mucho pie para el optimismo en lo que se va construyendo, aunque el barrido del pasado ofrezca satisfacciones y popularidad.

Nos inclinamos a pensar que en el propio movimiento chavista, en sentido amplio, se dan las dos lecturas: la democrática y la del autoritarismo socialista, fascista o simplemente militarista. Incluso esas dos lecturas conviven en el propio Chávez y la una no es un simple truco para ocultar la otra; al menos "por ahora".

En el Gobierno hay gente suficientemente inteligente como para entender que hoy la economía socialista no es viable, ni son deseables los modelos de socialismo real que hemos conocido. Hablar de eso e intentar copiarlo es acercarnos a un callejón sin salida.

### ***Condiciones de posibilidad y talentos propios***

Es malo confundirse de siglo cuando hay que conducir un país. La sociedad de justicia y democracia que queremos la tenemos que construir en un mundo capitalista, con la hegemonía financiera despiadada y con una dependencia internacional brutal. Debemos sacar las consecuencias de esto fríamente y darle coherencia al cambio que queremos. Nuestra pobreza y subdesarrollo, en contraste con los años de la guerra fría, ni asusta, ni mueve a compasión al resto del mundo. Que se cocinen en su propia salsa de discursos trasnochados y gestión ineficaz, dirán.

Para que los venezolanos (la mayoría) tengamos verdaderas oportunidades de vida necesitamos revolucionar nuestra propia creatividad, que pasa por: el empleo productivo, dinámica de inversiones internacionales y nacionales (cada vez tiene menos fuerza esta distinción) y un Estado eficiente y de calidad en sus funciones. La legalidad, los valores y la Constitución no pueden ser simples instrumentos cambiantes a la conveniencia del poder, como en las

monarquías absolutas. La separación de los poderes constitucionales tiene que ser real y los ciudadanos organizados tienen que tener verdadero poder de contrapeso frente a la nefasta tendencia (en toda sociedad y en todos los tiempos) de la concentración de poder en la autoridad política central. Así mismo, dentro de la necesaria unidad del Estado, es urgente la descentralización y la pluralidad de actores que a nivel local y regional están más cercanos y expuestos a la participación, al apoyo y al control ciudadano. Es la democracia participativa, proclamada en los discursos y anulada en los hechos por la dedocracia. Así lo vemos en todo nivel y sobre todo en el trabajo popular.

### ***El mercado y la institucionalidad del bien común***

Se debe tomar en serio el mercado como una realidad económica inevitable y ordenar las cosas y las reglas de juego de manera que produzca todas las virtudes que tiene y se limiten sus evidentes males cuando actúa sola o como supremo rector de la sociedad. En Venezuela estamos muy lejos de esto. Es claro a estas alturas de la historia que el mercado sólo y sin la adecuada institucionalidad, autoridad pública para el bien común y nueva conducta ciudadana hacia lo público, termina llevando a las sociedades a la exclusión, al conflicto social y en definitiva a la ingobernabilidad.

Por eso los países capitalistas avanzados (sin que sean el paraíso ni mucho menos) crearon una exigente institucionalidad, un sentido de lo público, y organizaron la solidaridad pública en un intento sistemático de igualación de oportunidades. De manera que entre un 40 y un 60% de las ganancias personales y empresariales privadas van automáticamente al fondo común de la sociedad, a través de un buen sistema impositivo, y el Estado los redistribuye en servicios de calidad para todos.

La globalización en un mundo tan asimétrico como el actual, dejado a sus fuerzas darwinistas del mercado y del poder es garrote en manos de los fuertes y muerte para las tres cuartas partes de la humanidad que somos los pobres con pocas posibilidades de nivelarnos, a no ser que haya creciente autoridad mundial y políticas decididas de nivelación, como tiene la comunidad europea para las regiones más atrasadas.

**En una mirada de conjunto al año político de Venezuela que acaba de concluir, algunas tendencias aparecen bastante claras, surgen muchas incógnitas que llaman a la reflexión y se polarizan las lecturas distintas de los mismos hechos.**

### ***¿Tercera vía?***

Es lógico que nuestro gobierno hable de *tercera vía* y que no quiera entrar desprevenido, ni en el mundo capitalista, ni en la globalización; tercera vía que no puede ser otra cosa que dinámica económica capitalista, con fuerte institucionalidad ordenada a la creación de la igualdad de oportunidades y a una legalidad rectora con alma de valores humanos trascendentes, dotada de efectiva fuerza para sancionar y corregir las fuerzas inhumanas, económicas y de otra índole, que amenazan a toda sociedad.

La capacidad de negociación, de conducción y de gestión pública que Venezuela tenga, combinando mercado de calidad, institucionalización y más elevada productividad, depende de la claridad del actual Gobierno, de la mayoría del país y del empresariado, para entender la política no como en el siglo XIX, ni siquiera como en el siglo XX antes de 1990. Y aquí están nuestras principales dudas y no encontramos argumentos para disiparlas. Cuando uno lee, por ejemplo, el libro *Rebe-*